

Los dos mas grandes políticos que ha producido España en nuestros dias, Bálmes y Donoso Cortés, combatieron por esta misma idea. Bálmes, jurisconsulto, filósofo, historiador, y sobre todo político profundo, con su vasta capacidad y luminoso entendimiento, manifestó que la libertad de los pueblos y la solidez de los gobiernos no podian asegurarse con teorías ni doctrinas exageradas, sino tan solo fundadas sobre la verdad y la justicia; manifestó tambien que las doctrinas del catolicismo eran la mejor salvaguardia de los derechos de los pueblos; y que la España jamas fué tan libre como cuando dominando el espíritu católico en los consejos de su gobierno y en las altas regiones de su política, un simple religioso levantaba sin algun obstáculo su voz para decir al rey en un libro que dedicaba á él mismo: «El soberano no domina á sus súbditos como á esclavos á manera de los tiranos, sino que los gobierna como á hombres libres; y habiendo recibido del pueblo la potestad, cuida muy particularmente que durante toda su vida se le conserve sumiso de buena voluntad (1).» Oigámosle desarrollar su pensamiento á este respecto: «Arraigar profundamente en los ánimos la religion y la buena moral, hé aquí el primer paso para prevenir las revueltas y la desorganizacion; cuando aquellos sagrados objetos predominen en los corazones, ningun recelo deben causar la mayor ó menor latitud de las opiniones políticas. Los daños de la sociedad no dimanen principalmente de las ideas ni de los sistemas políticos; la raíz está en la irreligion, y si esta no se ataja, será inútil que se proclamen los principios mas rígidos de gobierno (2).» Á Bálmes hasta hoy nadie acusó de retrógrado, nadie negó sus talentos, ni nadie dudó que era liberal tanto cuanto el Evangelio inspira: los liberales mismos han honrado su memoria á una con los pueblos que mandaban diputaciones

(1) *De Rege*, etc., lib. I. (Mariana.)(2) *El protestantismo*, etc., tom. II.

que les representasen en el acto de inaugurar el magnífico monumento que le alzó Vich, su patria. Donoso Cortés no lo era ménos, y sin embargo sus opiniones á este respecto fueron las mismas que las de Bálmes, como tantas veces y con tanta nobleza y energía lo manifestó de palabra y por escrito en las cortes y por la prensa. ¡Ojalá los políticos de España aprovechen las luces que derraman en su patria y en todos los países civilizados, los escritos de estos dos hombres eminentes!

Ántes de salir de España quise visitar uno de los lugares mas famosos del cristianismo, y al que corrieron en otro tiempo gentes de todas partes para venerar el cuerpo del primer Apóstol de los Españoles. Pero la basilica de Santiago no es hoy lo que ántes fué: la magnificencia que decoró en siglos pasados la tumba del Apóstol ha desaparecido, y del mismo modo la afluencia de peregrinos que venian á visitarla representa apénas la sombra lijera de lo que en otro tiempo fué. Los despojos sacrilegos y los atentados cometidos contra el Santuario dejaron por todas partes estampado su rastro siniestro, y es lo primero que percibe el que visita esta basilica como todas las otras célebres de España. Á los recuerdos de la pompa pasada veía sustituida la miseria real que afligia al pueblo gallego, cuyas cosechas se habian perdido. ¡Oh, qué cuadros tan dolorosos y patéticos presenta la pobreza en todas partes! Pero la voz que la indigencia alzó en el seno del catolicismo jamas fué infructuosa; ese clero, despojado de sus rentas, pobre y abatido, fué el primero que respondió al clamor de los infelices, el primero que corrió á tocar las puertas de los ricos, y á solicitar la caridad de todo el mundo. Por todas partes oía yo á los desgraciados recordar las porterías de los monjes, que se abrian para ellos en todas las calamidades, y por todas echar ménos los recursos que proporcionaban al pobre aquellos que hoy no existen.

Un rasgo brillante de caridad contempló entónces el pue-

blo español, en medio del hambre y de la miseria que afligía al reino de Galicia. Un príncipe desterrado, privado de sus rentas y de sus honores, agotaba sus escasos recursos, para aliviar las desgracias de un pueblo agobiado bajo el peso de las calamidades (1); jamás brilla tan bien la magnanimidad cristiana como cuando las miserias de nuestros semejantes dan lugar á rasgos tan hermosos como este.

No es más próspero el estado del catolicismo en Portugal que en España: allí como en esta existen aun muchos hombres que viven de esas ilusiones que la filosofía y las luces de la época que atravesamos destierran de los otros países. Partiendo de este punto, nada debemos extrañar el yugo humillante que ha soportado allí la Iglesia, ni las calamidades á que ha vivido sometida largo tiempo. El Portugal ha seguido regularmente los mismos pasos que la España; en las escenas de la guerra civil y religiosa ambos tienen poco más ó ménos la misma fisonomía. Mas los sucesos graves relativos al cisma de Goa han dado un fuerte sacudimiento al espíritu católico, adormecido en el territorio portugués. La India, posesión portuguesa en otro tiempo, recibía obispos que nombraba el Papa á presentación del rey fidelísimo, que les dispensaba su protección, dotaba sus catedrales con magnificencia, y llenaba todos los compromisos que había contraído con el soberano Pontífice, al otorgarle aquella prerrogativa; mas cuando aquellas causas cesaron, cuando otra nación es dueña de la mayor parte de la India, cuando el Portugal ni puede proteger, ni nada concede para tantos obispados católicos que se han erigido en aquellas vastísimas regiones, pretender los derechos de patron, ni era justo ni debido. La conducta de un obispo fomentó el espíritu cismático que abrigaban ya algunos Portugueses; pero cuando en el parlamento llegaron á sentarse proposiciones poco católicas, cuando algunos de sus

(1) El Sr Conde de Montemolin.

miembros propalaron doctrinas ofensivas á la jurisdicción divina del Sumo Pontífice, un grito de horror resonó en todo Portugal: los obispos y las dignidades, el clero y el pueblo, los nobles y los plebeyos: «Nosotros, dijeron, somos católicos sinceros, y queremos vivir unidos á Roma; moriremos ántes que separarnos del Vicario de Jesucristo y único centro de la Iglesia cristiana; protestamos contra los que extravían la nación obrando en contra de su voluntad, de sus opiniones y de sus verdaderos intereses (1).»

Esta conmoción general puso en transparencia los verdaderos sentimientos que conserva la inmensa mayoría de la nación portuguesa: los que se proponían extraviarla se sintieron detenidos, y el obispo mismo, que pudo contribuir quizá sin pensarlo á abortar un cisma, se humilló delante del Vicario de Jesucristo y retractó sus errores. ¡Quiera Dios sea este el principio de la bonanza que haga brillar de nuevo el esplendor que ostentó la Iglesia de Portugal en los bellos días de Bartolomé de los Mártires y Alejo de Meneses!

(1) *Manifesto de la Nação*, 1853.

